

de comercio con un negociante del pueblo, el cual le ha hecho perder más de la mitad de sus bienes en una especulación que llaman. ., una quiebra.

ROBERTO. ¡Será posible!

ISIDORO. No tenga usted duda. Un muchacho del pueblo, amigo mío, me lo acaba de contar. Todavía no es público; pero ya lo sé yo, y no tardará en saberse.

ROBERTO. Yo te lo prohibo.

ISIDORO. ¡Cómo! Al contrario, es preciso decírselo á todo el mundo; su caudal se disminuye, el mío se aumenta, y yo me la llevo.

ROBERTO. No importa: te mando que calles.

ISIDORO. Está bien, señor marino.

ROBERTO. Y que no le des á Enrique esa noticia hasta que yo te lo permita.

ISIDORO. Está bien, señor marino; pero ¿y si entretanto se casa con la señorita Estela?

ROBERTO. Eso no te importa.

ISIDORO. Como usted guste, señor marino. Con todo, yo creí que me importaba, es decir, por lo que toca...

ROBERTO. Obedece y vete.

ISIDORO. Ya me voy.

ROBERTO. Oye.

ISIDORO. ¿Mande usted?

ROBERTO. Para que no lo vayas á charlar por el pueblo, ve á esperarme al puerto.

ISIDORO. Está bien, señor marino. (No se puede hacer bien de un modo más malo.)  
(Vase por el foro.)

#### ESCENA X

ROBERTO

¡Es posible que mi sola presencia lleve consigo la ruina y la desgracia! Apenas he formado proyectos de venganza, cuando el mismo cielo parece que se encarga de ejecutarlos. ¡Pobre Enrique! ¡Yo le compadezco! ¡A Enrique, que me roba lo que más amo! Vaya, leamos el testamento: su lectura acabará de encender mi cólera. (Recorriéndolo.) Sí, todos sus bienes, todo cuanto posee se lo deja á mi hermano. (Leyendo.) «En cuanto á mi otro hijo, si es que tengo todavía otro hijo, durante su juventud fundaba yo en él mis mayores esperanzas. Si la desgracia, á falta de arrepentimiento, lo vuelve algún día al seno de su familia; si se digna informarse de la última voluntad de su padre, sabrá que el dolor emponzoñó los últimos días de mi vida, porque nada de su culpable conducta, nada ignoraba.» (Interrumpiéndose.) ¡Oh Dios, todo lo sabía! (Continúa.) «Por la buena fama de mi nombre, hasta ahora sin tacha, por la sociedad, cuyas leyes todas ha violado, debo castigarle según sus faltas, y mi maldición será su única herencia.» (Interrumpiéndose.) ¡A la hora de la muerte me maldijo mi padre! ¡Ah! Esto basta para explicar todas mis desgracias! La maldición de mi padre me perseguía. Acabemos. (Lee.) «Gervasio, amigo mío, á usted confío este testamento, que permanecerá en su poder como un monumento de las faltas de mi hijo y de su castigo. Pero si algún día el remordimiento se apodera de su corazón; si

algún día, que no es posible, llega á reparar sus yerros, entonces le mando á usted que lo rompa. Sí, Roberto mío, sí; mi desgraciado hijo, todavía mis brazos están abiertos para ti. Ven, amigo mío; yo no quiero más juez que tu conciencia misma. Ven á romper esta sentencia, que firmo con lágrimas; nueva tan consoladora subirá hasta mí, y el perdón de tu padre bajará del cielo sobre tu cabeza.» No puedo más. Los sollozos me ahogan. ¿Quién viene? Es Estela. Es mi hermano. ¡Ah! Ocultémonos á su vista. (Se oculta en el bosquecillo que hay junto á la casa de Gervasio.)

#### ESCENA XI

ROBERTO, oculto. ESTELA, ENRIQUE

ENRIQUE. Todos los parientes están ya reunidos en casa para firmar el contrato; pero usted quiere hablarme...

ESTELA. Sí, mejor estamos aquí.

ROBERTO. (¡Ella es! Esa voz que no oigo hace tanto tiempo...)

ENRIQUE. Pues Estela, ¿qué tiene usted que decirme? ¡Qué tristeza! ¿Me habrá engañado el Sr. Gervasio cuando acaba de decirme que consentía usted en esta boda?

ESTELA. No; él ha dicho la verdad. Yo conozco todas las virtudes que lo adornan á usted, y me envanecería de ser su esposa; pero dígame usted, y juzgue después. Roberto, su hermano de usted, partió de aquí hace ocho años, y entonces... Oiga usted un secreto, que ni aun mi padre sabe; entonces yo le amaba.

ENRIQUE. ¡Cielos!

ESTELA. No desconozco sus faltas y sus extravíos, nada; pero si usted supiera el motivo que lo alejó de aquí, le conservaría también ese corazón generoso la amistad que le conserva el mío.

ENRIQUE. ¡Qué dice usted!

ESTELA. La mañana después del día en que su fatal imprudencia estuvo para costarle á usted la vida...

ENRIQUE. ¡Cómo! ¿Usted sabe?..

ESTELA. Sí. Él me lo decía todo: yo era su confidenta, su única amiga. Aquella mañana le veo entrar en mi cuarto... «Separémonos, me dice: la fatalidad me persigue, yo no puedo reparar mis crímenes sino cometiendo otros nuevos.» Roberto, le dije yo, ¿adónde te vas? «A sentar plaza por mi hermano, á morir; pero á morir como honrado, aunque ni eso merezco.» Me hizo que le prometiera no revelar á nadie este sacrificio; pero reveládoselo á usted, Enrique, no creo vender el secreto. A su partida le dí, como prenda de amistad, aquella cruz de oro que me dejó mi madre. «Estela, me dijo, soy indigno de ti, lo sé; tú no puedes ya ser mía; pero júrame al menos que no te unirás á otro hasta que recibas pruebas de que yo no existo.» Yo se lo juré y partió. Desde entonces no le hemos vuelto á ver.

ENRIQUE. ¡Ah, demasiado cierto es!

ESTELA. Yo ignoro si él ha terminado sus días; pero pronuncie usted mismo: ¿estoy ya dispensada de mi juramento?



ENRIQUE. No, Estela, no lo está usted. Yo también tengo esperanzas de que mi hermano viva todavía.

ESTELA. No esperaba yo menos de usted.

ENRIQUE. Estela, ya sabe usted cuánto la amo. Diez años hace que mi única dicha es verla á usted y amarla; pero si yo hubiera sabido los derechos que tenía mi hermano, yo mismo hubiera huído de usted, aunque me hubiera muerto de dolor.

ESTELA. (Con ternura.) ¡Enrique!..

ENRIQUE. Pero si algún día vuelve, yo le diré: «Hermano, durante tu ausencia yo te he guardado tu querida y la mitad de la herencia de mi padre; ahí las tienes, tuyas son.»

ROBERTO. (¡Ah, hermano mío! Venzámosle en generosidad.) (Entra sin ser visto en casa de Gervasio.)

ESTELA. Pero Enrique, qué error. No, amigo mío, no. Yo le estimo á usted; yo le amo: solo le suplico, no que deshaga esta boda, sino que la diferiera, porque ya ve usted, no quiero faltar á la promesa que le hice á un desgraciado que todo el mundo abandona. Si él volviera, si estuviera aquí, él mismo conociera cuánto más acreedor es usted á mi cariño, y estoy segura que me diría: «Estela, te devuelvo tus juramentos; cástate con mi hermano.» Y lo juro, Enrique; yo obedecería al instante sin temor ni repugnancia.

ENRIQUE. ¿Me dice usted la verdad?

ESTELA. Después de la confianza que le he hecho, ¿duda usted aún de mi sinceridad?

ENRIQUE. No; la creo á usted: voy á casa á acompañar á los amigos, y cuando venga su padre de usted le diré que soy yo quien quiere diferir la boda: así no tendrá nada que decirle á usted. Adiós. (Entra en su casa.)

## ESCENA XII

ESTELA, GERVASIO

ESTELA. ¡Ah, padre! Enrique lo buscaba á usted.

GERVASIO. Calla, no hay que perder tiempo, es preciso firmar al instante tu contrato.

ESTELA. Al contrario. ¡Enrique es tan bueno! Ha accedido á mis súplicas, y quiere diferir la boda.

GERVASIO. Imposible. Ya no podemos diferirla.

ESTELA. ¿Por qué?

GERVASIO. Enrique está arruinado. Una quiebra imprevista le priva de una gran parte de sus bienes.

ESTELA. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

GERVASIO. Acabo en este instante de saberlo, y aún temo otras desgracias. He vendido ahora mismo en mi despacho la hacienda de Villanueva á un forastero que me ha pagado sobre la marcha, sin quererme decir á nombre de quién la compró. Pero por algunas palabras que se le han escapado, he conocido que tiene contra Enrique créditos considerables. Esto no lo sabe nadie todavía; pero

cuando Enrique lo sepa, yo conozco su honradez, no querrá que unas tu suerte á la de un hombre sin bienes, y deshará la boda; pero nosotros, que somos ahora más ricos que él, no debemos permitirlo.

ESTELA. Sí, padre, tiene usted razón; y usted verá si soy digna hija suya.

GERVASIO. (Conmovido.) Ven, hija mía. Ven á abrazarme.

ESTELA. ¿Y cómo le hemos de decir á Enrique?..

GERVASIO. Tranquilízate; yo me encargo de componerlo todo: dentro de un instante estará extendido el contrato, y tú lo firmarás. ¿Me lo prometes?

ESTELA. Sí, padre mío.

GERVASIO. Bien. ¡Ea, valor, y esperar la suerte! El que cumple con sus deberes, nada debe temer ni por el porvenir ni por la felicidad. (Entra en casa de Enrique.)

## ESCENA XIII

ESTELA

Sí, bien dice mi padre; el deber me manda casarme con Enrique. Pero y la promesa que he hecho á Roberto, ¿es acaso menos sagrada? ¡Ah! Lo conozco, este será el tormento de mi vida. A cada instante me parecerá verlo volver y echarme en cara mi debilidad... y con razón, porque nadie, nadie sino él mismo puede dispensarme de mis juramentos. Pero ¿quién es ese forastero que viene hacia aquí?

## ESCENA XIV

ESTELA, ROBERTO

ROBERTO. (Vamos, valor: ocho años de combates, de fatigas, de penas, me habrán desfigurado bastante aun á sus mismos ojos.)

ESTELA. (¡Cómo me mira! Y no sé lo que siento; pero me parece que esas facciones no me son desconocidas.)

ROBERTO. ¿No es usted la hija del Sr. Gervasio?

ESTELA. (¡Esta voz! ¡Oh cielos! ¡Mi conmoción se aumenta!) (A Roberto.) Qué, ¿no me conoce usted?

ROBERTO. (Con frialdad.) ¡Yo! No, señora. La veo á usted hoy por la primera vez; pero ¿qué tiene usted?

ESTELA. Perdone usted, caballero. Sí, me he equivocado. (No, ya estaría á mis pies, ya hubiera llevado á su corazón la mano de su amiga; pero...) (Roberto hace un movimiento.) ¡Ah! No es posible. Roberto, tú eres.

ROBERTO. (Conteniéndose.) ¿Roberto dice usted? ¡Ah, sí: ya conozco la causa de esa sorpresa! Era mi compañero de armas. Servíamos en el mismo buque, y no es usted ya la única que me ha equivocado con él; pero en el día no es ya fácil que á bordo nos equivoquen.



ESTELA. ¿Qué dice usted?

ROBERTO. Era tan desgraciado, que la vida no tenía ya encantos para él.

ESTELA. ¡Cómo! ¿Siempre desgraciado?

ROBERTO. (Mirándola con ternura y dolor.) No, ya no lo es, señorita; y esta carta que me dió para usted le acabará de explicar...

ESTELA. ¡Dios mío! ¡Su letra! (La abre y lee.) «Cuando llegue á sus manos de usted esta carta, todo se habrá acabado para mí. Estela, yo le devuelvo á usted su juramento y esta cruz..., prenda de su amistad.» (Viendo la cruz que se sale de entre la carta.) ¡Ah!.. (Da un grito y cae desmayada.)

ROBERTO. (Sosteniéndola y sentándola en el banco.) ¡Miserable de mí! ¡Cómo no lo he previsto! ¿Qué haré? ¡Destruir con una sola palabra toda mi obra! ¡Abandonarla en este momento! ¡Estela, Estela, vuelve en ti, Roberto es quien te llama!

ESTELA. (Empezando á volver.) ¡Ha muerto!

ROBERTO. No, vive todavía para merecer tu estimación, para sacrificarte su dicha. (Estela hace un movimiento.) ¡Cielos! Se abren sus ojos. ¡Adiós, Estela! ¡Adiós, hermano mío, adiós para siempre! (Vase precipitado por el foro.)

#### ESCENA XV

ESTELA

¡Qué es esto! ¿Dónde estoy? Me engaña mi imaginación, ó hace un momento que aquí mismo... Sí, él era; era Roberto; estaba á mis pies. (Viendo la carta que está en el suelo y levantándola.) ¡Ah! No, todo ha sido un sueño. Esta es la verdad. ¿Quién viene? Es Enrique y mi padre.

#### ESCENA XVI

ENRIQUE, ESTELA, GERVASIO y parientes

GERVASIO. Hija mía, aquí tienes el que va á ser tu esposo: este es el contrato: sólo falta tu firma.

ESTELA. (¡Cielos! ¡Y en qué momento!)

GERVASIO. ¡Cómo! ¿Dudas? ¿Has olvidado tus promesas?

ESTELA. ¿Quién? ¡yo! No, padre; pero la conmovición...

ENRIQUE. Pero ¿cómo ha cambiado usted tan pronto de resolución? Hace poco que quería usted diferirlo, y...

ESTELA. Enrique, después le diré á usted, y sabrá los motivos...

GERVASIO. Vamos. (A Enrique.) ¿También tú dudas ahora?

ENRIQUE. ¡Yo! ¿Pues no he firmado ya el primero?

GERVASIO. Vamos, hija mía, firma. (Estela toma la pluma.)

#### ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ISIDORO

ISIDORO. Gracias á Dios que llegué. ¡Lo que he corrido! Desde el puerto aquí en diez minutos.

GERVASIO. Isidoro, á tiempo vienes; servirás de testigo en el contrato.

ISIDORO. ¡El contrato! ¡Qué dice usted! Pues qué, ¿se casa su hija?

GERVASIO. En este momento.

ISIDORO. ¡Qué va usted á hacer! Sepa usted que yo tengo ya cincuenta mil francos, y que su yerno no tiene nada.

ENRIQUE. ¿Qué estás diciendo?

GERVASIO. ¡Quieres callar!

ISIDORO. Ya estoy callando hace más de una hora, y quiero hablar, quiero hablar, porque ese señor forastero, que es mi protector y á quien no conozco, pero que me conoce perfectamente, me ha dicho: «Toma, majadero, lleva este pliego al Sr. Enrique Larrós, y ya te doy licencia para que le cuentes la quiebra que acaba de arruinarlo.»

TODOS. ¡Arruinado!

GERVASIO. ¡Calla! ¡Hija mía!

ESTELA. (Que ha firmado, presenta el contrato á su padre.) Ya está.

GERVASIO. (Tomándolo.) Bien, hija, bien. (A Enrique.) Sí, amigo mío; nosotros lo sabíamos ya.

ENRIQUE. ¡Dios mío! Ahora conozco por qué Estela mudó de resolución y por qué usted lo ha apresurado; pero yo no lo puedo permitir, (Abriendo el pliego que le dió Isidoro.) y cualesquiera que sean las desgracias que este papel me anuncie... (Leyendo.) ¡Qué veo! ¡Estoy soñando! ¡La hacienda de Villanueva con todas sus dependencias comprada á nombre mío y de Estela! Vea usted el contrato.

GERVASIO. ¡Calle! ¡Era para usted!

ESTELA. ¡De dónde nos viene eso!..

ISIDORO. ¡Jesús! Ya son dos veces más ricos que antes. Vamos, ese señor ha perdido la cabeza.

TODOS. ¿Quién?

ISIDORO. El forastero de esta mañana.

ENRIQUE. Ese que nadie conocía. Descubramos este misterio. (A Isidoro.) Habla, ¿dónde está?

ISIDORO. Cuando yo llegué al puerto, donde él me había mandado que lo esperase, vi una hermosa fragata, la que entró esta mañana: allí nos estaban esperando unos oficiales que habían venido en un bote, y uno de ellos le dijo al forastero: «¿Partimos ya, mi capitán?» «Al momento,» respondió él. Yo no le quitaba ojo. Estaba pálido, temblando, y le caían unas lágrimas... Luego se quitó el sombrero como para saludar las costas de Francia.

ENRIQUE Y ESTELA. ¡Gran Dios!

ISIDORO. Y en seguida me dijo: «Mañana, cuando Estela sea ya esposa, cuando sea feliz, lleva este billete al Sr. Gervasio.» (Le saca.)

TODOS. ¡A ver!..

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



GERVASIO. Dame pronto. (Lo toma.) «Al Sr. Gervasio, notario.»  
 ENRIQUE. (Mirando el sobre.) ¡Gran Dios! ¡Es su letra!  
 GERVASIO. (Abre y lee.) «Ya puede usted romper el testamento de mi padre.»  
 ENRIQUE. ¡Él es! Mi hermano.  
 TODOS. ¡Roberto!  
 ENRIQUE. Corramos. (Suena un cañonazo á lo lejos.)  
 ESTELA. El tiro de leva. (Cae en brazos de Enrique.)



## EL HÉROE POR FUERZA

DRAMA CÓMICO EN TRES ACTOS, ARREGLADO AL ESPAÑOL

### PERSONAS

DANIEL ROBINSÓN. — JORGE ROBINSÓN. — TOBI. — SIR GUILLERMO. — LORD MULGRAVE.  
 LOVEL. — PETERS. — SARA. — ACOMPAÑAMIENTO

(La escena es en Inglaterra, en 1745: el primer acto en Preston, el segundo en el campamento del ejército real, y el tercero en Londres)

### ACTO PRIMERO

El teatro representa el patio de una fábrica de cerveza. — A la izquierda la entrada de la fábrica; á la derecha la habitación con una escalera que conduce á la puerta: el fondo cerrado por una tapia, en cuyo centro hay una gran puerta por donde entran los carros. — Varios instrumentos de fabricación, costales, carros, etcétera. — Hay una campana á la izquierda: un banco á la derecha.

### ESCENA PRIMERA

PETERS. Luego, los mozos de la fábrica

PETERS. (Sale por la derecha y toca la campana.) ¡Ea! Ya es hora de empezar el trabajo. (Van saliendo los mozos por el foro.) ¡Vamos, vamos, muchachos! Que ya habéis tenido tiempo de descansar. No diga el amo que somos perezosos. Al trabajo con bríos, que ya llegará el domingo y bailaremos. Nosotros debemos tener á honra el pertenecer á la fábrica del Sr. Daniel Robinsón, porque nuestra fama vuela por toda Inglaterra, donde no se conoce mejor cerveza que la que elaboran estas manos que están presentes. ¡Pues y el amo! ¿Qué hay que pedirle? ¡Quién no sirve de rodillas á un hombre tan honrado, tan generoso! ¿Eh?  
 TODOS. ¡Es verdad, es verdad!